

Capitulo LXXXVIII.

Donde se vé cómo Ovando varia de forma sin variar de fondo.

Vientos contrarios retardaron el viaje de Colon.

Despues de ocho dias de luchar con los elementos, arribó el 3 de Agosto, no á la costa de Hayna, como se habia propuesto, sino á la pequeña isla llamada de la Beata, próxima á la Española.

Son tan fuertes las corrientes entre esta isla y Santo Domingo, que los buques estuvieron detenidos meses enteros aguardando vientos huracanados para proseguir su viaje.

No ignoraba el almirante que podia verse condenado á esperar mucho tiempo un viento favorable, y de acuerdo con su hermano, su hijo y Diego Mendez, envió á Diego el intérprete con una carta para Ovando, en la que le anunciaba su llegada, la proteccion que

le habian dispensado los reyes, y añadia, para tranquilizarle, que estaba agradecido á los esfuerzos que habia hecho, segun le habia indicado Escobar, para llevarle buques, y deseaba llegar cuanto antes á Santo Domingo para manifestarle su gratitud.

Al mismo tiempo que la carta dió Colon á su intérprete algunas instrucciones acerca de lo que debería responder á las preguntas que le dirigiesen, y conduciéndole en un bote hasta la orilla, aguardaron los viajeros una brisa favorable para llegar á Santo Domingo.

Habian encargado á Diego que en todas partes anunciase la llegada de Colon y refriese detalladamente los padecimientos que él y sus compañeros habian sufrido.

A medida que se tenian noticias de su llegada, de sus sufrimientos, iba operándose en los ánimos de todos una reaccion en favor del almirante.

En Santo Domingo sucedió lo que en todas partes. Cuando era jefe de la colonia; cuando contenia á aquellos foragidos y se mostraba benévolo con los indios para que no viesen en él ni en los suyos una calamidad; cuando disfrutaba de los favores de la fortuna, nada tenia de extraño que hubiese hallado quien pusiese cadenas á sus piés, ni mucho ménos quien las remachase.

Pero la idea de los padecimientos que habia tenido que soportar aquel año entero y verdadero que habia vivido en brazos de la muerte, iba operando una reaccion tan favorable que Ovando, al saber la inex-

perada noticia de la llegada de Colon, decidió cambiar de táctica y mostrarse humilde y respetuoso ante el gran hombre, para no ponerse en pugna con sus subordinados.

¡Cuán ajeno estaba Ovando de que el almirante se acercaba á la Española!

Sin dirigir ninguna pregunta á Diego, temeroso de que adivinase su emocion, le despidió, encargándole que volviese al dia siguiente á recibir sus órdenes.

Los descontentos del gobierno de Ovando vieron en aquella ocasion un pretexto para hacer ostensible su opinion, y proyectaron formar una columna de honor é ir por tierra hasta el paraje donde estaba la carabela del almirante, para rogarle que desembarcase allí y llevarle en triunfo hasta Santo Domingo.

Esta idea fué apadrinada por un jóven, en cuya alma hallaba eco todo lo grande, todo lo generoso.

Hasta entonces, aunque eficazmente recomendado á Ovando, no habia tenido ocasion de tratarle con intimidad, y no comprendiendo que aquel acto que queria llevar á cabo podria disgustar á su protector, capitaneando á los colonos fué á pedir su vénia al gobernador para recibir en triunfo al almirante.

El jóven que deseaba honrar al inmortal Colon, que le comprendia y le admiraba, y que, sobreponiéndose á las pasiones de los hombres que le protegian, se hallaba bajo la influencia del marino, que sin más elementos que su voluntad habia arrancado al Océano su más impenetrable secreto, era el viajero á quien

habia acompañado hasta la Española Sagredo, el que hemos oido nombrar Hernan Cortés en los capítulos anteriores.

No convenia á Ovando contrarestar aquel movimiento, y como era hábil, en vez de oponerse á él, salió al encuentro de los entusiastas.

— Es muy noble el deseo que os anima, — le dijo; — vuestra alegría no es superior á la que yo he experimentado; y en efecto, todos debemos demostrar al ilustre marino la admiracion que nos merece su génio, y la simpatía que nos inspiran sus padecimientos.

Pero como pareceria, si vos fuéseis á su encuentro de una manera oficiosa, que yo no apadrinaba vuestros deseos, que era hostil al hombre á quien en otras ocasiones no he tratado con todos los merecimientos debidos por efecto de las circunstancias, pero á quien siempre en el fondo de mi alma he profesado veneracion y aprecio, deseo asociarme á vos, y al efecto os suplico que admitais en vuestra compañía, para ir á recibir á Colon, á una persona que yo designe y que me represente.

Hernan Cortés, que capitaneaba á los entusiastas, aceptó la proposicion de Ovando, y aquel mismo dia salieron más de cincuenta hombres por tierra hasta la costa donde aguardaba el almirante los vientos favorables, para recibirlo y llevarlo en triunfo á la ciudad.

Cuando llegaron, su nave, impulsada por un viento benéfico, atravesó las corrientes y venció las dificultades, y costeano la isla llegó hasta el puerto de Santa María.

Parecia haber adivinado los deseos de Ovando.

Apenas le anunciaron que se divisaba un buque, envió al intérprete para que dijera si era el del almirante.

A su contestacion afirmativa mandó reunir en su palacio á los oficiales y altos dignatarios, é hizo al mismo tiempo que desde el fuerte disparasen cañonazos y que repicase la campana de la iglesia de la ciudad.

Esta trasformacion que se habia operado en Ovando agradó en extremo á los colonos, y asociándose todos á él, fueron al puerto á recibir al venerable anciano que, con el doble prestigio del genio y del sufrimiento, llegaba á aquella playa en busca de hospitalidad y de justicia.

No esperaba Colon aquel recibimiento.

Bartolomé y Diego Mendez:

—Tened cuidado,—le dijeron,—que esto bien puede ser un lazo.

Desembarcaron, y Colon fué el primero que tendió la mano al gobernador de la isla de Santo Domingo.

—Perdon y olvido,—dijo.

El gobernador le pidió permiso para estrecharle entre sus brazos, se excusó con él de la mejor manera posible y le suplicó que fuese á honrar su palacio, brindando asimismo á las personas de su comitiva hospedaje en su casa.

Aquel dia fué para la colonia de verdadero júbilo.

Por la noche llegaron los que habian ido á recibirle, y añadieron á su entusiasmo espontáneo el que

oficialmente le habia preparado Ovando con su reconocida habilidad.

El gobernador dispuso una espléndida cena para bsequiar á los viajeros, y con vidó á ella á muchos de los principales colonos.

A pesar de la desconfianza que abrigaba el gran hombre, no pudo ménos de conmoverse, no ante aquellas muestras de falso entusiasmo, sino ante los designios de la Providencia, que veia y admiraba en todo lo que pasaba en torno suyo.

Por la primera vez en la vida se encontraron entonces, bajo un mismo techado, el anciano que bajaba al sepulcro con la aureola de la gloria y la palma del martirio, y el jóven, oscuro todavía, que algunos años despues habia de conquistar un gran imperio, y hacer su nombre eterno y no ménos glorioso.

El sol que se eclipsaba y el sol que nacia, reflejaron mutuamente su luz el uno sobre el otro.

Colon y Hernan Cortés brindaron: el segundo por el glorioso anciano que despertaba en él la ambicion de gloria en aquellos momentos; el primero por el jóven audaz y respetuoso que en sus palabras y en sus miradas revelaba el valor que debia hacer imprecadero su nombre en el libro inmortal de la historia.

¡Arcanos de la Providencia!